

CRISIS POLITICA Y NEOCARDENISMO

Octavio Rodríguez Araujo

1. La crisis política

De golpe millones de mexicanos de diferentes tendencias se volcaron en apoyo de Cuauhtémoc Cárdenas no sólo en las urnas electorales sino desde antes en los masivos mítines en diversos lugares del país y después en defensa del voto que, según toda evidencia, fue burlado por quienes manejaron los resultados como secreto de Estado.

Es un fenómeno que debe ser analizado por varias razones. Entre las principales, porque si bien se preveía una severa crisis en la esfera del poder gubernamental y, en consecuencia en su partido, nadie estimaba que las proporciones adquiridas por la denominada Corriente Democrática surgida en el interior del Partido Revolucionario Institucional (PRI) dos años antes de las elecciones, serían de la magnitud alcanzada. En segundo lugar, porque con los sucesos de 1988 se reveló no sólo la crisis política del régimen político, sino también la del proyecto "socialista" que representaba la izquierda *tradicional* partidaria e intelectual. En tercer término, porque quedó a descubierto el conservadurismo reformista de amplios sectores de la población, concretamente de los trabajadores rurales y urbanos y de las capas medias que parecían haberse radicalizado a partir de los temblores de tierra y estudiantiles de 1985 y 1986-87, respectivamente. Hubo, sí, un considerable incremento en la participación política de la población que por lustros parecía dormida. Pero tal incremento no fue, no es, siquiera del tamaño de los problemas estructurales que, sin duda, lo han motivado.¹

¹ Baste un dato: el deterioro de los salarios, incluso reconocido en los sectores oficiales, no ha provocado ni la vigésima parte de las movilizaciones que provocó la creencia en el fraude electoral del 6 de julio y las siguientes semanas en la Comisión Federal Electoral y en el Colegio Electoral.

Aunque planteado en tercer lugar, comenzaremos por analizar lo que he denominado como conservadurismo reformista. Le llamo así porque si no hubiera existido la opción neocardenista expresada en el Frente Democrático Nacional (FDN), muchos de quienes votaron por éste lo hubieran hecho por el Partido Acción Nacional (PAN) o se hubieran abstenido. (Estoy descartando el voto por el Partido Mexicano Socialista [PMS] y el Partido Revolucionario de los Trabajadores [PRT] de esta consideración pues no es comparable con la votación obtenida por el PAN, ni en las elecciones anteriores ni en la tendencia estadística que podía establecerse antes de los comicios de 1988). Al presentarse en la arena electoral una alternativa que, por no encontrar mejor caracterización, llamaremos de centro izquierda, millones de electores encontraron una opción de voto no para cambiar el estado de cosas radicalmente sino para mejorar, a su entender, sus condiciones individuales (el voto es, en última instancia, una decisión individual) dentro de lo conocido: una suerte de priísmo sin PRI, un mero cambio de personas con mejor imagen y mayor credibilidad que los candidatos del PRI considerados, especialmente el principal, el candidato presidencial, como continuadores de los anteriores gobernantes.

En mi opinión existe un conservadurismo generalizado en la población mayoritaria del país por las siguientes razones principales, que de ninguna manera se explicarían aisladamente:

- 1) porque durante décadas se ha bombardeado a la población con valores pertenecientes a la ideología dominante,
- 2) como una de las consecuencias del punto anterior, porque la mayoría de la gente cree que el mero cambio de personas en las más altas instancias de poder, en diferentes ámbitos (municipal, estatal, federal por ejemplo, pero no exclusivamente), va a resolver los problemas entre otras cosas porque los problemas fundamentales de la economía y de la sociedad se creen producto de políticas gubernamentales,

- 3) porque la oposición de derecha ha auspiciado las dos creencias señaladas en el inciso 2: que los principales problemas son resultado de malas políticas y que otros gobernantes harían mejor las cosas,
- 4) porque la oposición de izquierda ha alimentado también, sobre todo en el caso de los partidos de izquierda reformista, las creencias mencionadas y, peor aún, porque no ha sabido contrarrestar la ideología dominante mediante una actividad de educación política constante y porque en sus afanes electoralistas se ha movido también con *slogans* y clichés pertenecientes a esa ideología dominante,²
- 5) porque la alternativa socialista que presenta la oposición de izquierda, además de parecer más discursiva que consecuente con sus acciones cotidianas en el medio popular, no es avalada por las formaciones sociales que son presentadas como socialistas y que la mayoría de las organizaciones de izquierda mexicana —como de otras partes del mundo— han insistido en identificar como tales: los países socialistas,
- 6) porque la oposición, particularmente la progresista y de izquierda, no ha sabido presentarse unida al menos en elecciones.³

En consecuencia, el conservadurismo de la mayoría de la población explica, en cierto sentido y no de manera exclusiva, el sorprendente fenómeno del neocardenismo en las elecciones del 88.

² Incluso el PRT, el partido más radical y más consecuentemente socialista en sus documentos, en campañas electorales ha dirigido sus baterías discursivas contra el PRI-gobierno presentándolo como culpable (aunque no se diga explícitamente) de los males que aquejan a la sociedad.

³ Paradójicamente existen más ejemplos de unidad en la acción al margen de las elecciones, por ejemplo en tareas concretas en el movimiento de masas, que para presentar candidatos electorales. Para colmo, en una elección, la presidencial de 1988, se presentaron unidos los distintos partidos de la izquierda, con la excepción del PRT, y en las elecciones de diputados, senadores y representantes de la Asamblea del Distrito Federal se presentaron separados. Peor aún, después de la unidad mencionada, en las elecciones locales en Tabasco, Zacatecas, Jalisco, Veracruz, pero muy especialmente en Chihuahua, Baja California y Michoacán, antes de un año de la elección federal de 1988, se presentaron no sólo desunidos sino como peores adversarios que los tradicionales adversarios e incluso enemigos. Es obvio que para el ciudadano común estos fenómenos son indescifrables.

Pero si tal conservadurismo se explica en sectores amplios de la población, en la gente que bien pudiéramos llamar común, preocupada no de los complejos problemas políticos y de la política sino de la vida cotidiana y aparentemente simple de su entorno y de su relación con él, no queda claro por qué en los círculos intelectuales y de opinión e incluso en la mayor parte de los partidos opositores que se dicen de izquierda ese conservadurismo también ha dominado y ha constituido una fuerte corriente de pensamiento—independientemente de sus complejos y alambicados razonamientos.

Una de las explicaciones más socorridas por parte de los intelectuales de izquierda, orgánicos o no en el sentido de Gramsci, para llamar a apoyar la candidatura de Cárdenas fue que las masas estaban con él y que había que comprender que campañas electorales de contenido radical no eran las correctas en ese momento puesto que las masas y su nivel de conciencia no se correspondían con propuestas radicales, revolucionarias y socialistas.

Tres cuestiones, sin embargo, no se han explicado todavía:

- 1) por qué antes de que se evidenciara el arrastre popular de Cárdenas varios de esos intelectuales desdeñaban la táctica electoral como una vía hacia sus objetivos socialistas,
- 2) por qué, igualmente, no sólo se desdeñaban los postulados de los partidos que habrían de hacer causa común con la Corriente Democrática al principio sino que dichos postulados eran fuertemente y con razón criticados y luego, cuando los campesinos de La Laguna se manifestaron masivamente por Cárdenas, los principios dejaron de ser importantes,⁴

⁴ Los campesinos de La Laguna fueron beneficiados por la política agraria de Lázaro Cárdenas en los años treinta. Sus pobladores rechazaron, en febrero de 1938, al candidato presidencial del PRI y se volcaron, en cambio, en apoyo del hijo del general Cárdenas, hecho que entusiasmó a muchos opositores del PRI y que fue considerado como un presagio de gran popularidad del candidato del FDN. Sin embargo, un año después, muchos de esos mismos campesinos recibieron al ahora presidente de la república muy

- 3) por qué el contenido radical de las campañas electorales era correcto antes del surgimiento del fenómeno neocardenista y posteriormente, a menos de tres años de distancia, dejó de ser correcto y hasta inconveniente y, en cambio, el discurso priísta-antipriísta se convirtió en el bueno.

Una de las respuestas en la que podría pensarse estaría relacionada con las crisis políticas en la esfera gubernamental y, por otro lado, por la evidente crisis, probablemente no del marxismo como se ha querido presentar en los medios socialdemócratas europeos, pero sí, sin duda, en el paradigma socialista que ha resultado ser, para los mismos defensores de la *perestroika*, otra cosa pero no socialismo.

Es conocida la hipótesis de que toda revolución es precedida por una crisis política en el ámbito del poder instituido. Si además de manifestarse en México una crisis de carácter cismático —tema que retomaré más adelante— sectores importantes de la población oprimida se enfrentan a ese poder y vuelcan sus simpatías precisamente por quienes no sólo se han salido del PRI sino que se enfrentan a él y al gobierno, es dable pensar que la crisis política actual es de gran envergadura, mayor al menos que otras anteriores también de tipo cismático, como lo fueron el almazanismo y el henriquismo. Si, además, al mismo tiempo se demuestra que los partidos de izquierda no han logrado presencia entre la población mayoritaria y que incluso la votación por aquellos ha tendido a la baja (por las razones que sean, que intentaré explicar después), entonces la opción neocardenista, expresada en 1988 en el FDN, debía ser apoyada.

Sin embargo, sigue quedando pendiente si la crisis política manifiesta en 1987-1988 puede tener alcances revolucionarios o si se trató más bien de otra crisis *residual*, como he denominado en otra parte a las cismáticas, ejemplificadas, como ha sido mencionado, por el almazanismo y el henriquismo.⁵ Mi

favorablemente, por lo que algunos observadores han considerado que la plataforma de lanzamiento del neocardenismo ha sido nuevamente recuperada por el gobierno.

⁵ Véase mi ensayo titulado "Crisis políticas en México", *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, Número 124. Denomino crisis residual a aquella que corresponde, fuera de tiempo, al momento mexicano en que el cambio de caudillos significaba proyectos sustancialmente distintos de país.

hipótesis al respecto es que una verdadera crisis política se expresa cuando los modos de dominación fundamentales están en proceso necesario de cambio o de sustitución (en proceso de cambio, bien por conveniencia de una facción de la clase dominante, bien por decisión colectiva de los dominados, principalmente, en el México actual, por los obreros).

Me adelanto a decir que no descarto que estemos en presencia de una combinación simultánea de una crisis política real y de otra de origen cismático que bien pudiera no corresponder a las características de una crisis residual pese a las apariencias.

Para mí no hay duda del carácter cismático expresado por el neocardenismo ni de que ha sido resultado de una crisis política en el gobierno y en el PRI. Pero si atendemos a fenómenos tales como el movimiento en el magisterio, de los músicos, de secciones de petroleros, de trabajadores al servicio del Estado y, desde luego, de los mineros de Cananea y de la Siderúrgica Lázaro Cárdenas-Las Truchas, para citar los ejemplos más ostensibles de luchas democráticas recientes en el país —que apenas llegan, por decirlo de algún modo, a las corporaciones obreras propiamente dichas y a pesar de éstas— podría pensarse que hay un inicio de lucha por modificar los modos de dominación desde abajo. No debe soslayarse que la mayor parte de los movimientos por mejores condiciones económicas de vida, como respuesta a los agudos estragos de la crisis en la mayoría de la población, se han visto acompañados de claras demandas por la democratización en el interior de las organizaciones de trabajadores, en contra de los dirigentes impuestos o protegidos por el gobierno y la cúpula del llamado charrismo sindical y, más allá, por la defensa del voto en donde se han llevado a cabo elecciones locales después del sentimiento de fraude electoral de 1988.

Hay, por otro lado, una circunstancia catalítica, valga la figura, de movimientos que se están entrecruzando, cada uno con su propia lógica, pero en la misma dirección: la democracia, incluso la formal —concebida no como panacea pero sí como una ganancia por la que bien vale la pena luchar, según lo expresan los denominados “grupos alternativos” de la sociedad civil. Han coincidido, pues, las luchas por una mayor democracia y una alternativa de

centro izquierda que no altera sino aprovecha —probablemente sin querer— el conservadurismo de la población pero que ofrece democracia no sólo política sino económica —área esta última en la que se expresa nítidamente el autoritarismo gubernamental, de éste y del anterior gobierno.

Asimismo, hay indicios suficientes para conjeturar que el mismo gobierno, en coherencia con su proyecto económico de “cambio estructural” y “reconversión industrial”, necesita sacudirse de los dirigentes sindicales tan tradicionales como poderosos con objeto de reconstituir el sindicalismo mexicano en función de los requerimientos del capital en esta fase. El encarcelamiento de “La Quina”, el poderoso líder petrolero que tuvo la osadía de enfrentársele al candidato presidencial del PRI y hasta de auspiciar con recursos a partidos de oposición, se entiende mejor con la subsecuente revisión regresiva del contrato colectivo de trabajo de los petroleros y con el papel que en esta revisión ha jugado un dirigente impuesto por el gobierno salinista y absolutamente leal a él. Más todavía, la nueva Ley Federal del Trabajo (LFT) que se propone lanzar el gobierno, y que sin duda será reaccionaria en el estricto sentido del término y por cuanto a los intereses de los trabajadores se refiere (no así para el capital), supone un movimiento obrero domesticado o sin poder de protesta ni mucho menos de movilización en contra.

No puedo predecir lo que vaya a suceder en el movimiento obrero en términos de reacciones a la nueva LFT, pero sí puedo suponer que los dirigentes que quieran conservar sus posiciones se plegarán a esa ley y los que no lo hagan serán sustituidos con cualquier pretexto. Lamentablemente la crisis y sus efectos, entre estos en el empleo, además de la ausencia de dirección política independiente con suficiente inmersión entre la clase obrera, podrán ser elementos suficientes para que los trabajadores pospongan la lucha no ya por avanzar en sus conquistas sino por defender lo que en décadas han logrado. Los modos de dominación, entonces, parecerán ser los mismos pero, en mi opinión, serán diferentes como de alguna manera ya lo apunta el Plan Nacional de Desarrollo (PND).

En síntesis, pienso que estamos dentro de las cotas de una crisis política muy seria que puede profundizarse o resolverse con mayor autoritarismo.

2. La oposición cismática y la oposición socialista

La oposición partidaria ha sido de cuatro tipos fundamentales: de *derecha*, de *izquierda*, *tolerada* (y hasta auspiciada) y *cismática*. El análisis de la oposición cismática y de la oposición de izquierda (socialista) es el que nos interesa para los fines de este artículo.

La primera, la oposición de derecha, ha estado representada por dos corrientes de fuerte influencia religiosa (católica) originadas en los años treinta: el Partido Acción Nacional, fundado en 1939 con apoyos empresariales, y la Unión Nacional Sinarquista (UNS, 1937) de afiliación campesina pobre y de pequeños propietarios, durante sus primeros 30 años fascistoides, que se ha expresado electoralmente a través de tres principales partidos más o menos sucesivos desde 1946.⁶

La oposición de izquierda ha estado representada por el Partido Comunista Mexicano (y otros diversos partidos pequeños escindidos de él, varios de los cuales, en los sesentas y los setentas, fueron de inspiración maoísta), grupos trotskistas cuya máxima organización ha sido el PRT y otras organizaciones menores que han luchado por el socialismo.⁷

La oposición que bien podríamos llamar tolerada ha sido constituida, durante muchos años, por los partidos Popular Socialista (PPS) y Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM), y desde finales de los años setenta también por el Partido Socialista de los Trabajadores (PST) ahora llamado Partido del Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional (PFCRN). La posición del PPS y del PFCRN ha sido de centro y de izquierda y la del PARM de centro derecha, en términos de sus documentos fundamentales, pero en realidad y en la práctica han colaborado con el gobierno (y éste con ellos)

⁶ De 1946 a 1949 mediante el Partido Fuerza Popular, en los años cincuentas hasta principios de los sesentas como Partido Nacionalista de México, desde los años setentas como Partido Demócrata Mexicano.

⁷ Al respecto puede consultarse Octavio Rodríguez Araujo, *La reforma política y los partidos en México*, Siglo XXI Editores, cuya 10ª edición de 1989 ha sido actualizada hasta agosto de este año, y en donde se hace un recuento detallado de los partidos mexicanos, especialmente de la izquierda.

sobre todo en la política nacional (pues debe reconocerse que con frecuencia en asuntos políticos locales han actuado con independencia).

2.1 La oposición cismática⁸

La oposición cismática es la menos estudiada en México y, sin embargo, ha sido la más importante en términos electorales. La denomino cismática pues ha sido resultado de escisiones del partido oficial o de la "familia revolucionaria" como llamó el expresidente Calles (1924-1928) al grupo gobernante.

El primer cisma importante, en el orden electoral competitivo, fue el del general Juan Andrew Almazán en 1940 contra el candidato designado por Lázaro Cárdenas, el también general Manuel Avila Camacho. Almazán, en un principio, tuvo apoyos de empresarios, de organizaciones campesinas, de no pocos sindicatos obreros, de un grupo trotskista encabezado por el pintor Diego Rivera, por mujeres, a quienes el candidato prometía el derecho de voto que todavía no tenían, y por sectores de clase media urbana. Ya cerca de las elecciones Almazán perdió apoyos y, aunque se dijo que ganó las elecciones, la verdad es que sólo en algunos centros urbanos obtuvo una sensible votación. El segundo cisma importante, mucho más que el de Almazán, fue para las elecciones de 1952, con otro general escindido del PRI (Miguel Henríquez Guzmán), quien logró convocar a varios militares, muchos de ellos antiguos colaboradores del presidente Cárdenas, y en un principio también a tres partidos identificados con la izquierda (el Comunista, el Popular y el Obrero y Campesino de México). No hay certeza tampoco de que Henríquez y su partido (la Federación de Partidos del Pueblo Mexicano) haya ganado por lo menos en las regiones en donde tenía mayor arraigo, pero sí se reconoce que ha sido la oposición más fuerte que haya tenido el PRI antes del tercer cisma en 1988.

Este último cisma en el interior del PRI y de lo que difícilmente podríamos denominar ahora "familia revolucionaria" (pues el hálito revolucionario ha quedado muy atrás en la historia), ha sido el más importante, ahora sí, según

⁸ Algunas de las ideas expresadas en este apartado han sido escritas antes para *Nueva Sociedad*, que aparecerá en noviembre de 1989.

toda evidencia. Pero antes de entrar de lleno en su análisis, conviene detenerse un poco para tratar de explicar por qué la oposición cismática ha sido, en México, la más significativa en términos electorales.

Dos razones podrían comprobar la importancia de la oposición cismática: 1) la reacción que ha provocado en el gobierno y 2) la popularidad espontánea y casi automática que ha logrado ganar, mientras que partidos con años de trabajo político disminuyen en simpatías, se estancan o crecen muy lentamente.

Es sintomático que después de cada elección presidencial en la que haya participado un partido formado por disidentes del PRI (o de su antecesor el Partido de la Revolución Mexicana), se haya reformado la legislación electoral para dificultar todavía más la participación formal (registro) de nuevos partidos. Se estima, en los medios gubernamentales, que una escisión importante, cuya derivación sea la formación de un partido antagónico, no sólo es una afrenta sino síntoma de una crisis política en la cúpula del poder y una pérdida del supuesto monolitismo con que se ha querido presentar desde los años veinte (de aquí probablemente el calificativo dado por Calles, el "Jefe máximo de la revolución", como se señaló antes, de "familia revolucionaria").⁹

Es todavía más notable que un miembro prominente del grupo gobernante, al escindirse y formar su partido para disputar la presidencia de la república, haya tenido de inmediato un apoyo popular que envidiarían, como ya se dijo arriba, partidos con años, décadas en algunos casos, de actividad organizada en elecciones. El fenómeno apenas ha sido estudiado,¹⁰ pero, desde luego, se pueden proponer algunas hipótesis: la más socorrida sería que la oposición social, no organizada y básicamente pasiva, confía poco en

⁹ Roger Hansen, *La política del desarrollo mexicano*, Siglo XXI Editores, 1971, compara, de alguna manera, a la familia revolucionaria con la "cosa nostra", véase capítulo 5. Sobre la oposición cismática relacionada con las crisis políticas en México, puede consultarse mi ensayo, precisamente con este título, ya citado.

¹⁰ Como oposición cismática organizada publiqué hace varios años un artículo sobre el henriquismo, denominación que se le dio a la escisión de Henríquez Guzmán y a su partido con el que contendió a la presidencia de México. Véase Octavio Rodríguez Araujo, "El henriquismo, última disidencia organizada en México", *Estudios Políticos*, Número 3-4, septiembre-octubre de 1975, p. 103-128.

las opciones partidarias existentes como alternativa de gobierno (no ha gobernado y no tiene, por lo tanto, experiencia de gobierno). Este punto es importante en un país donde el Estado se ha presentado (y en momentos lo ha sido) como el *factótum* de la vida económica y social del México posrevolucionario.¹¹ Por esta razón y por una cierta dosis generalizada en la población de conservadurismo y de tendencia al centro, de tendencia hacia lo que se conoce mejor, parece ser que se confía más en quien rompe con el régimen y se presenta en contra de él con un proyecto de rescate de los valores y principios fundamentales (así denominados) de la Revolución mexicana que en quien propone un modelo considerado ajeno a esos valores y principios. Quizá sea, también, un reflejo de lo que muchos mexicanos, asfixiados por formas corporativas de control, quisieran hacer pero no pueden, so pena de perder empleo, seguridad, créditos y hasta inscripción de sus hijos en escuelas públicas, por increíble que parezca.

El hecho es que partidos de origen cismático, que no existían un año antes de una elección presidencial, se convierten de pronto en la verdadera oposición competitiva que no han logrado los demás partidos. Y este es un fenómeno que no puede desdeñarse, y menos para explicar el caso de 1988 y sus consecuencias en 1989, de las que también se hablará aquí por ser altamente significativas.

2.2 La oposición de izquierda¹²

Interesa intentar, desde una óptica de izquierda, una interpretación general de por qué el socialismo es decrecientemente visto como un objetivo plausible (no sólo en México) y en esta medida, qué perspectiva tiene como sistema deseable y alternativo al capitalismo (tampoco sólo en México). De antemano afirmo que el socialismo no está en crisis. Lo que está en crisis, y desde

¹¹ John Keane, en *Democracy and civil society*, 1988, p. 4, señala que en el Estado de bienestar que él denomina "socialismo de Estado administrado" (*state-administered socialism*), la cínica divisa "Rely on the present government and its welfare state bureaucracies. They know what's best. They'll take care of things for you", expresa con claridad la expropiación de que es objeto la sociedad civil por parte del Estado y explica por qué los miembros de la sociedad civil pierden confianza en sus propias posibilidades para dirigir sus propias vidas y destinos.

¹² Este apartado ha sido tomado básicamente de mi artículo "El socialismo no está en crisis", publicado en *Socialismo*, Número 3, noviembre de 1989.

hace tiempo, es la mistificación que se ha hecho del socialismo (el mal llamado socialismo real), mistificación sobre la que se han montado la socialdemocracia y otras formas de reformismo, entre éstas las de los propios partidos comunistas tradicionales. Crisis abonada también por la insuficiente crítica de la izquierda revolucionaria a la pujante socialdemocracia contemporánea y a sus ideólogos.¹³

El modelo soviético entró en crisis, y la vieja creencia de que la URSS era socialista hizo que, por extensión, el socialismo (para el vulgo) entrara también en crisis. Esta crisis objetiva le dio, aparentemente, la razón a sus críticos. Entre éstos, principalmente a los socialdemócratas y a los representantes del anticomunismo mundial disfrazados de defensores del mundo libre —cualquier cosa que se entienda por él.

Agréguese a lo anterior la euforia por la democracia. De repente, en parte por influencia de la socialdemocracia y de los comunistas socialdemocratizados (eurocomunistas), casi todo mundo antepuso la lucha por la democracia a la lucha por el socialismo, sin renunciar necesariamente y en todos los casos a éste pero planteado para las calendas griegas. Los llamados grupos alternativos incluso tienen como objetivo la defensa de la democracia formal en los países capitalistas (como también fue el caso del Partido Comunista Italiano en tiempos de Berlinguer), sin preocuparse de ir más allá. El modelo a seguir, a pesar de que se reconoce que se trata de un caso singular, ha sido Suecia, siempre y cuando exista un activo partido reformista y socialista en el poder, entre otras condiciones que no suelen tomarse en cuenta en México.¹⁴

El problema de esta anteposición de la democracia al socialismo, no es que no valga la pena una mayor democracia, sino el haber hecho creer que ampliándola los socialistas podrían llegar al poder y desde ahí pasar gradualmente —haciendo leyes y nacionalizaciones— al socialismo. Una nueva

¹³ Entre las críticas de izquierda a la socialdemocracia actual, en este caso concreto al gobierno de Mitterrand, puede verse el libro de Daniel Singer, *Is Socialism Doomed? (The Meaning of Mitterrand)*, 1988. Un poco menos actual, Jacques Kergoat, *Le Parti Socialiste*, 1983.

¹⁴ Véase al respecto John Keane, *op. cit.*, 1988, p. 21.

utopía, sobre la revolucionaria, pero de cara más amable, incluso para sectores importantes de la pequeña burguesía urbana.

A quienes plantearon (y plantean) esta vía al socialismo, en ocasiones con intentos de justificación en algún texto sagrado (entre los principales uno de Engels, cuya tergiversación por Bernstein no fue dada a conocer sino catorce años después por Kautsky), la izquierda radical les denominó reformistas, y estos se enojaron (algunos todavía se enojan). Pero, curiosamente, nada dijeron en contra de los mismos reformistas que distinguían a los seguidores de esta tendencia de los revolucionarios, como por ejemplo el actual presidente de Francia.

Mitterrand, un reformista convencido que llegó al poder gracias al sufragio universal, decía en 1970 que

los únicos auténticos revolucionarios de acción son los izquierdistas. No querer admitirlo —añadía— constituye una hipocresía... Sólo los izquierdistas que rechazan el sufragio universal como medio principal de conquista del poder son auténticos revolucionarios porque juzgan imposible la toma de conciencia por parte del mayor número de ciudadanos en una sociedad condicionada, donde se juega sucio, donde todos los mecanismos se encuentran falseados.¹⁵

Si el actual presidente francés hubiera dicho esto en México, después de las elecciones presidenciales de 1988 o de las elecciones de Michoacán de julio de 1989, hubiera sido criticado y, probablemente, calificado de trotskista o ultra, aunque se habría coincidido con él en la última parte de su declaración citada. Y, por supuesto, para quienes el socialismo por vía electoral es posible, los izquierdistas son unos necios. El problema es que una cosa es que los autodenominados socialistas lleguen al poder y otra que estén construyendo el socialismo, incluso el llamado socialismo democrático.¹⁶

¹⁵ Robert Fossaert y Jacques Julliard, "Entrevista con Francois Mitterrand" en F. Mitterrand, *El socialismo posible*, 1972, pp. 42-43.

¹⁶ Los socialdemócratas creen haber inventado el término "socialismo democrático", pero en realidad se trata, en ellos, de una fórmula propagandística de bases falsas, tan falsas como las que ahora en el poder están sentando para la construcción de un supuesto socialismo que nadie ve cerca. Las bases falsas de

El argumento principal de los socialistas *creyentes* en la vía electoral y, desde luego, en el rechazo de la dictadura del proletariado, del marxismo-leninismo (atribuido erróneamente a Stalin), de la lucha contra el Estado capitalista y del enfrentamiento clasista de la sociedad, fue (y sigue siendo) que con esas referencias no podrían convertirse en partidos de masas, pues éstas, salvo algunos grupos de vanguardia, no aceptaban tales tesis. De aquí habría de desprenderse que la manera de atraer masas y de generar menos anticuerpos rechazantes en ellas era bajándole el tono a su discurso. Si el partido lograba atraer masas su votación aumentaría.

Ecuación simple, pero equivocada. El resultado fue que disminuyó su votación paulatinamente, tanto en Europa como en México, mientras aumentaban las simpatías electorales por los partidos socialdemócratas e incluso por los neoconservadores. Trataron de aliarse con los socialdemócratas en algunos países, pero esto no mejoró tampoco su situación.

¿Vocación de poder? Tal vez. ¿Concepciones equivocadas desde las discusiones de Roy con Lenin sobre la cuestión colonial? Es probable que también, de otra manera no se hubiera llevado a cabo, por tantos años, una estrategia tan ingenua como la de luchar por una alianza con las burguesías nacionales en contra del imperialismo, cuando aquéllas no se planteaban (ni se plantean) un enfrentamiento con el capital imperialista sino competir con él o asociársele. ¿Concepción vanguardista del partido? También, y aquí sin lugar a dudas.

De su política realista de alcanzar posiciones de poder a como dé lugar (aún a cambio de abandonar sus principios), de buscar alianzas de clases para enfrentar a un enemigo que en principio la burguesía no quiere enfrentar, de su sentimiento vanguardista que no se corresponde con la realidad, no era

los socialdemócratas era (son) dos, principalmente: 1) que en la URSS y otros países peyorativamente denominados comunistas, había o hay socialismo, y que éste no es democrático; y 2) que Marx, Engels y sobre todo Lenin concebían al socialismo precedido necesariamente de una dictadura, la del proletariado y que no son los tiempos en que se acepte una dictadura, ni siquiera del proletariado, y vuelta al ejemplo de la URSS —otra vez equivocado, pues no se trata de una dictadura del proletariado sino del partido o, más precisamente, de la Nomenclatura como le han llamado algunos autores. Para los socialistas revolucionarios, marxistas, el socialismo es democrático o no es socialismo, y este aserto no es de ahora, cuando se ha puesto de moda otra vez la democracia, sino desde hace varias décadas.

difícil que los partidos comunistas cayeran en el descrédito y, junto con ellos —más los otros elementos ya mencionados—, el prestigio del marxismo (como método de análisis y de transformación) y hasta del socialismo (como objetivo de lucha).

La izquierda radical, por otro lado, es y ha sido siempre minoritaria, muy pequeña, igual en México que en Francia, Italia, Bélgica, Gran Bretaña, Argentina o Perú. Sin embargo, ha sido muy activa. No ha habido movimiento social importante en los países capitalistas de los últimos años en donde no se haya notado su influencia: las enfermeras inglesas, los trabajadores del Metro en París, los movimientos estudiantiles de 1986-1987 en Francia, México o España, los movimientos urbano-populares en México, etcétera.

Lo interesante de la izquierda radical es que, en términos generales, no ha aspirado a conformar partidos de masas sino a influir en éstas y en sus movimientos. Su gran problema ha sido cuando ha querido participar o se ha visto obligada a participar en elecciones. Las consecuencias más graves de esta acción han sido el descuido en la formación de cuadros militantes y, desde luego, la pérdida de inserción (y de influencia) en los movimientos sociales por ocuparse más de los requerimientos electorales. Sus planteamientos, radicales y frecuentemente intransigentes, suelen ser rechazados por personas y sectores sociales de escasa preparación política y, a la vez, por personas y sectores sociales para quienes la política sólo es posible en la concertación, la negociación y los arreglos cupulares.

La reivindicación que la izquierda radical hace de Marx, de Lenin o de Trotsky es vista por los reformistas como atavismos sin perspectiva. La lucha de clases, como uno de los puntos centrales de la interpretación de la sociedad capitalista y el enfrentamiento al Estado capitalista y la propuesta de destruirlo como condición para el socialismo, son aspectos repudiados desdeñosamente por los reformistas, calificados de esferas ideológicas superadas incluso en el campo del conocimiento: lenguaje propio de las sectas, terrorismo verbal, obsolescencias decimonónicas, conceptos despojados de realidad y superados por ésta. Lo que importa a las masas, a las mayorías, al pueblo —porque ya no se habla de clases sociales— es la democracia y frenar la caída

de sus niveles de vida. Por lo tanto, se dice en los medios reformistas, intelectuales o no, los izquierdistas tenderán a separarse más y más del pueblo, y vienen de inmediato las pruebas empíricas: véase el arrastre de Cuauhtémoc Cárdenas en las elecciones de 1988, véase la pérdida de registro del Partido Revolucionario de los Trabajadores como resultado de su bajísima votación ese mismo año consecuencia, a su vez, de un lenguaje radical que no correspondía con el nivel de conciencia de las masas. El pueblo no quiere discursos radicales sino que sus líderes ganen espacios en contra de un poder que lo oprime, que no resuelve la crisis económica, que no le da opciones ni de mayor participación ni mucho menos de emancipación. La única revolución que se acepta, ahora que el término revolución está de moda asociado a la tecnología, al arte, a lo que sea, es la revolución democrática, como la que se está dando, dicen, en los países del este europeo (en Polonia, principalmente, y ahora germinalmente en la República Democrática Alemana). ¿Y el socialismo? (pregunta fuera de lugar) ya vendrá por añadidura: la democracia es la vía, no la lucha de clases porque, además, ¿cuáles clases? si el proletariado, sujeto revolucionario según el anticuado Marx, ha disminuido, conforme a estadísticas que nadie ha mostrado.¹⁷

No está el socialismo en crisis, pero sí la concepción vulgar que se tiene de éste. Para unos, influidos por el pensamiento conservador, es algo que debe ser rechazado; para otros, menos contaminados por la ideología dominante, es algo por lo que se debe luchar, pero no ahora ni en la forma en que se ha hecho hasta ahora: no es el momento y, además, debe ser revisado en sus planteamientos fundamentales. Electoralmente, por lo pronto, ha demostrado ser muy poco atractivo; luego, hay que borrarlo del discurso partidario opositor.

¹⁷ Es interesante resaltar que quienes sostienen que los obreros han disminuido con las nuevas tecnologías no han considerado dos fenómenos: a) que hay un cambio cualitativo en la producción que obliga a incluir en ésta a nuevos trabajadores, altamente calificados, y b) que la disminución de obreros tradicionales en los países desarrollados es menor que el aumento de esos mismos en países subdesarrollados. A nadie en su sano juicio se le ocurre pensar que ahora hay menos obreros que en tiempos de Marx, y sin embargo los impugnadores de los postulados marxistas de hoy no impugnan esos mismos postulados en relación con las condiciones de hace cien años.

En esta lógica podría proponerse, como hipótesis de un estudio posterior, que la izquierda socialista (la que aspira al socialismo y no sólo a "humanizar" un poco al capitalismo) se encuentra en un periodo de transición hacia nuevas redefiniciones programáticas y, en este sentido, estratégicas. En México, en el momento de escribir estas líneas, el Partido Revolucionario de los Trabajadores está llevando a cabo su VI Congreso nacional con objeto de revisar principalmente su perfil como partido (electoral o no electoral o mixto), su estrategia, sus alianzas, su acción en los medios laborales. Asimismo, un grupo encabezado por Manuel Terrazas (antes existente como Unidad de Izquierda Comunista y luego, en el PMS, como Corriente de Izquierda Socialista) que decidió no ingresar al PRD, ha anunciado la constitución del Partido Amplio de Izquierda Socialista.¹⁸ El mismo Partido Popular Socialista ha acentuado sus posiciones (antes más retóricas que ahora) en favor del socialismo, a la manera en que lo ha entendido desde hace varias décadas, y su independencia del gobierno (al menos en el discurso y en algunas acciones recientes).

Se perciben cambios, aunque no se sabe todavía cómo habrán de cristalizar.

3. En torno de un liderazgo

Cuando Heberto Castillo dijo: "Urge crear la institución PRD, el partido. No es posible seguir caminando sólo, como se hizo durante la campaña electoral, tras de una personalidad como la de Cuauhtémoc Cárdenas",¹⁹ estaba mencionando uno de los aspectos más importantes del fenómeno electoral de 1988 y de su secuela en los comicios locales de 1989: el atraso político de los seguidores primero del FDN y luego del PRD, consistente en el apoyo a una personalidad, a un nuevo líder, a una especie de caudillo, más que a un programa, a un principio social fundamental, a un proyecto.

¹⁸ Véase *La Jornada*, 30-10-89. Esta organización "impulsará desde ahora el diálogo con el presidente Carlos Salinas, así como la elaboración de un proyecto alternativo de desarrollo del país. El nuevo partido que recobraría partes sustanciales de los postulados de los extintos PMS y ...PSUM, pugnaría también por consolidar un frente de izquierda, además de su participación desde ahora en el Frente Patriótico Nacional".

¹⁹ Véase *Proceso*, Número 667, 14 de agosto de 1989.

Existe un programa, existe también un proyecto. Pero ni uno ni otro representan un principio social fundamental ni son conocidos, asimilados y defendidos por los seguidores de Cárdenas. No sería exagerado decir que cada quien ve en él lo que quiere ver, no tanto como persona, sino como líder de un cambio que, se sabe, tendrá que darse, deberá darse, se desea que se dé. El programa, el proyecto, la propuesta del llamado neocardenismo, que no han sido los mismos en todo momento, se resumen en una palabra: el antipriísmo. Esta es la clave del fenómeno de 1988. Pero es también su debilidad, que ha comenzado a verse en 1989.²⁰

Antipriísmo quiere decir en México muchas cosas. Significa democracia, democracia en la vida política y en la social (organizaciones de trabajadores y relación del gobierno con la población mayoritaria del país), distribución del ingreso (la poco prestigiada pero nunca cumplida "justicia social"), alternancia en el poder, nacionalismo, cambio en muchos sentidos. Pero, en otra óptica, también quiere decir desviación de la lucha de clases y de un enfrentamiento necesario contra el Estado por un enfrentamiento con el gobierno, con un régimen en el mejor de los casos. Pero, aún así, se trata de un antipriísmo diferente al tradicionalmente propuesto por el PAN, es decir de un antipriísmo que *se ve* progresista y no conservador, de centro izquierda y no de derecha, popular y no burgués, nacionalista y no proestadunidense. Más todavía, *se vio* como un antipriísmo unitario en el multicitado FDN, aunque se vea ahora como fragmentado porque, en efecto, el FDN ya no existe más.

Mucha gente está harta del PRI. Esta es una situación que se renueva y crece todos los días. Y este hartazgo obedece, entre muchas otras razones, al hecho de que esa gente ve y quiere ver en el PRI y en los llamados gobiernos priístas el origen de todos los males del país, desde la corrupción hasta la crisis económica.

²⁰ Como oposición cismática el neocardenismo corre el riesgo de debilitarse si no modifica sus planteamientos hacia la izquierda y si no precisa para las masas sus puntos de diferencia con el gobierno, en un proyecto alternativo popular que corresponda a las expectativas de esas masas, diferenciadas como son. Como oposición cismática, también los neocardenistas deberán saber que contarán con todo el peso gubernamental (y el del PRI, desde luego) en su contra, como ocurrió antes con los cismas ya mencionados.

Algo hay de cierto en tales apreciaciones antipriístas, pero sólo *algo*. La crisis no ha sido producto del gobierno "priísta", por supuesto, pero sí muchos de sus efectos por una administración por un lado equivocada, incluso para beneficiar al capital y, por otro, subordinada a intereses extranacionales, concretamente al Fondo Monetario Internacional y al Banco Mundial. La corrupción, otro ejemplo nada desdeñable, no es priísta puesto que existe en todos los órdenes desde mucho antes de que se fundara el ahora PRI, pero sí sería exacto decir que los denominados gobiernos priístas la han utilizado no sólo como *modus operandi* de la burocracia gobernante sino como una manera de garantizar la estabilidad del país.²¹ Otros muchos fenómenos que han deteriorado los modos de vida del pueblo mexicano, como la contaminación, el transporte y demás servicios urbanos, la salud, etcétera, si bien no son exclusivos de México, sí tienen mucho que ver con la política básicamente clientelar del régimen priísta, con el autoritarismo de tipo paternalista de los gobiernos, con el desprecio hipócrita a la población en general y a los pobres en particular.

Como quiera que sea, el sentimiento crecientemente mayoritario es por un cambio, aunque ciertamente éste no es concebido como un cambio revolucionario. Y la Corriente Democrática del PRI, independientemente de que quisiera participar activamente en la sucesión presidencial, terminó por enfrentarse no sólo a la dirección de su partido sino al mismo gobierno federal, al presidente del país y a quien designó como su sucesor. Este mero hecho, al parecer, le ganó simpatías, en primer lugar de miles de priístas que pensaban de manera semejante pero que no se atrevían a manifestar su rechazo al régimen, pero, en segundo lugar, de los dirigentes de partidos que no veían en el gobierno apertura y flexibilidad suficientes para mantener posiciones que antiguamente habían tenido.

²¹ La corrupción como elemento de estabilidad no ha sido suficientemente estudiada en México. Pero es muy posible que se pudiera sostener firmemente la hipótesis de que ha sido una clave de la estabilidad ya que la población, en su mayoría, y aquí sí, sin distinciones de clase, resuelve muchos problemas por la vía de la corrupción. Podría decirse que es una vía alternativa a la legal, tolerada, prácticamente institucionalizada y a veces hasta auspiciada y en muchos sentidos menos engorrosa y frecuentemente menos costosa que las formas burocráticas de gestión, como el mercado negro de divisas, por ejemplo, en algunos países del este europeo.

Los postulados de la Corriente Democrática (CD) fueron, básicamente, los siguientes, con los cuales aspiraba a conformar su plataforma electoral:

Rescate de los denominados principios fundamentales de la Revolución de 1910 y del proyecto constitucional correspondiente a esos principios. Salvaguarda de la soberanía e independencia nacionales que, deberá entenderse, habrían de fortalecer la planta industrial, la capitalización del país y la economía nacional. Elevación de los niveles de vida de las mayorías populares con base en la economía productiva, uso racional de los recursos nacionales y necesarios límites al endeudamiento externo. Desarrollo igualitario de los mexicanos y democratización integral de la sociedad.

Por cuanto al PRI, se planteaba la cabal realización de sus objetivos y programas, su fortalecimiento y la recuperación de su papel de vanguardia política. Respecto del régimen político se proponía preservar y fortalecer la autoridad presidencial.

Es clara la generalidad de la propuesta de la CD, pero también su intención de fortalecer el partido al que pertenecía todavía entonces y el presidencialismo. Su punto central de desacuerdo no era tanto con los principios y programa del PRI como con la política gubernamental considerada errónea, entreguista y antipopular, sin precisar desde cuándo.

Se sugería, así, que un cambio de personas que suscribieran tales propósitos, tanto en el PRI como en la Presidencia de la República, sería la condición necesaria y suficiente para garantizar la soberanía del país, su independencia, la democratización integral de la sociedad y una menor desigualdad económica. Un priísmo democrático, popular, igualmente corporativo (contra el corporativismo no había menciones) y más funcional con su papel de vanguardia.

Tales propósitos eran inaceptables no tanto para el PRI como para sus dirigentes y, desde luego, para el gobierno delamadridiano. Los democratizadores se enfrentaron a un muro tecnoburocrático que no habría de ceder a una política que, por principio, significaba su negación como régimen.

Una vez que la CD se vio obligada a romper con su partido requirió, para enfrentar la candidatura del candidato elegido por el presidente saliente, otra plataforma partidaria. Esta tendría que ser seleccionada bajo tres condiciones principales: 1) que el otro partido estuviera de acuerdo en postular al líder de la CD, a Cárdenas, 2) que la adscripción a este partido no señalara a los miembros de la CD como derechistas ni como izquierdistas, y 3) que hubiera afinidad suficiente entre los postulados de la CD y el partido seleccionado como plataforma de lanzamiento.

Estas tres características eran cumplidas por el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM), por lo menos por una de sus facciones, la encabezada por Cantú Rosas. Si bien el PARM era y sigue siendo un partido altamente desprestigiado, entre otras razones por haber sido siempre una organización comparsa del PRI y que debió incluso su subsistencia a éste, no podría acusársele de ser francamente derechista, aunque sí de derecha (lo que algunos autores han querido ubicar como centro-derecha) y, desde luego, tampoco izquierdista. Su planteamiento no es muy distinto al del PRI, pero criticaba a éste de no hacer ni de propugnar seriamente porque se hiciera, desde el gobierno, lo que decía y proponía en sus documentos. Y éste era un aspecto coincidente con el centro explícito de la lucha de la CD.

El 14 de octubre de 1987 Cárdenas aceptó formalmente ser miembro del PARM y su candidato presidencial. No entusiasmó a mucha gente, de hecho fue duramente criticado, especialmente por la izquierda, corriente en la que había algunas personas que querían ver en él un posible candidato de unidad democrática y progresista.

Los primeros en sumarse a la candidatura del PARM, aunque no de inmediato, fueron el Partido Socialista de los Trabajadores y el Partido Popular Socialista (PPS).

Estos dos partidos compartían con el PARM el elenco de los partidos más desprestigiados de los últimos años. Las tres organizaciones tenían como característica principal, la que los diferenciaba del resto de la oposición, su lealtad al gobierno de la República, su apoyo, para decirlo sin eufemismos.

A cambio de ese apoyo, a veces relativa y superficialmente crítico, recibían no pocos favores, entre estos, votos (reales, es decir de priístas en las urnas, o de escritorio, es decir en las actas distritales o en las instancias calificadoras de los resultados electorales).

Sin embargo, con estos tres desprestigiados partidos se inició la campaña electoral del Frente Democrático Nacional, rechazado, en ese entonces y como era de esperarse, por el resto de las organizaciones de oposición progresista y socialista. La plataforma electoral del FDN era mínima.²²

En esta Plataforma se decía que en medio de los grandes problemas de la nación ésta se encontraba “urgida de un gran esfuerzo de reconstrucción democrática.” Se mencionaba, también, que fue a partir del gobierno de Miguel de la Madrid que el país ha sufrido las consecuencias de las “desviaciones del proceso revolucionario” y del abandono del proyecto constitucional. Entre estas consecuencias destacaban el endeudamiento externo, la pobreza del pueblo, mayor subordinación al imperialismo, derechos sociales conculcados, creciente autoritarismo, institucionalización del fraude electoral, una política económica “en sentido inverso de nuestras luchas históricas y conquistas revolucionarias”, desnacionalización del aparato productivo, en fin, una “acción gubernamental, [...] en su conjunto, regresiva y antipatriótica” que está convirtiendo al país en un “país tributario”.

El FDN pretendía “ofrecer al pueblo de México una alternativa real de cambio por la vía constitucional que le restituya el pleno ejercicio de su soberanía y le permita rescatar el patrimonio de la nación.”

Para tales efectos se proponía la siguiente plataforma: 1) “Formación de un gobierno democrático nacional”, 2) “Detener el empobrecimiento y satisfacer las necesidades del pueblo”, 3) “Impulsar el desarrollo independiente del país”, y 4) “Fortalecer la soberanía y la identidad nacionales”:

²² Aprobada por los tres partidos mencionados en Jalapa, Veracruz, el 12 de enero de 1988, en *Renovación Política, Plataforma Electoral Mínima de los Partidos Políticos*, Secretaría Técnica de la Comisión Federal Electoral, fotocopia. Además, hubo otras organizaciones sin registro que suscribieron este documento en la misma fecha pero que no fueron consignadas en esta fuente.

Este discurso había sido pronunciado durante muchos años por varios de los partidos involucrados y por sumarse al FDN, sin embargo no habían tenido el éxito que tuvo éste. De aquí debe desprenderse, en mi opinión, que el éxito obtenido por el FDN, al extremo de que ingresaran a él otras organizaciones que ya para entonces habían hecho alianza con el Partido Mexicano Socialista y con el Partido Revolucionario de los Trabajadores, se debía a la figura de Cuauhtémoc Cárdenas y a su arraigo en amplios sectores de la población, como se demostró con los grandes y combativos mítines a partir del de La Laguna, ya mencionado.

Después de las elecciones el FDN, al que se sumó en el último momento el PMS (previa declinación de Castillo como candidato presidencial), subsistió por un tiempo gracias también a la figura de Cárdenas. Pero muy pronto habría de ser más un membrete que una realidad, las diferencias afloraron más obviamente en las siguientes elecciones locales en las que, como ya había ocurrido en las elecciones de diputados federales y de representantes a la Asamblea del Distrito Federal, cada partido quiso postular a sus propios candidatos.

La ruptura total entre la ex Corriente Democrática y el PFCRN se dio a partir del 18 de marzo de 1989 cuando el dirigente de este partido invitó al PRI a manifestarse en defensa de la soberanía del país con motivo del aniversario de la expropiación de los bienes de la industria petrolera. Con los demás partidos el FDN también se vio inviable para postular candidatos comunes en las elecciones locales de Chihuahua, Baja California y Michoacán. Con la única organización que se veían posibilidades de alianza era con el PMS, y así ocurrió.

En el Partido Mexicano Socialista se decía, desde abril de 1989, que sus miembros formarían parte del nuevo partido, del PRD. Esta afiliación, que muy pronto habría de ser realidad, no obedeció a coincidencias programáticas, puesto que los documentos fundamentales del PRD no existían, salvo como anteproyecto.

Dos factores parecen haber sido determinantes para que en el seno del PMS se propusiera su disolución en favor de engrosar las filas del PRD, sin el conocimiento previo de los postulados de este último y sin discusión interna en el primero: el liderazgo reconocido en Cárdenas, la persona que había hecho posible una considerable unidad de la izquierda y de convertir una nueva organización en la segunda y quizá la primera fuerza electoral en 1988, y la circunstancia de que el PMS, producto de una fusión sobre un intento previo (el Partido Socialista Unificado de México), en vez de aumentar su popularidad electoral la disminuía.

Parece evidente que el PRD luchaba contra el tiempo para constituirse como partido y para obtener el registro correspondiente como partido nacional. Quizá uno de los elementos tomados en consideración fuera el hecho de que se había anunciado una nueva ley electoral desde el Ejecutivo federal y podía presumirse que no necesariamente sería una ley menos restrictiva. Así, los dirigentes del PRD siguieron una doble táctica: solicitar su registro de acuerdo con el Código Federal Electoral de febrero de 1987 y dejar abierta la puerta para presentarse con el expediente del PMS que cambiaría de nombre, de documentos y de dirección (lo que se consideraba como un artificio pero legal y en esta medida válido). Se optó por la segunda táctica, gracias entre otras razones a que en el Congreso del PMS se resolvió su desaparición para formar parte del PRD, no sin cuestionamientos serios pero minoritarios. Fue de este modo que el PMS ofreció su registro al PRD, mismo que le dio el debido curso ante las autoridades electorales. Fue, también, la demostración de que un liderazgo era capaz de aglutinar a organizaciones y grupos de distintas posiciones dentro de la izquierda en su más amplio sentido, aunque tal aglutinación resultara muy poco sólida como muy pronto sería evidente.

4. El Partido de la Revolución Democrática

En el momento de redactar este artículo no se han aprobado documentos definitivos de este partido. Los existentes son un proyecto que, en principio, todos los afiliados han aceptado.²³

La concepción de este partido sobre el Estado no es muy diferente de la de los anteriores citados: se confunde Estado con forma de Estado y en ocasiones con gobierno.

Como forma de Estado un primer ejemplo sería la siguiente oración: "La Revolución *destruyó* el Estado oligárquico porfirista y su sistema de privilegios fundado en el dominio de [...]", complementada por esta otra: "Las masas ciudadanas apoyaron el movimiento cívico del maderismo, que derrocó al dictador, destruyó el aparato de la dictadura e instauró un *nuevo Estado* que pretendía restablecer los derechos políticos." Se omite, como resulta obvio, la caracterización clasista del Estado y su esencia capitalista, pese a que no se define como *social* a la Revolución, sino como política y democrática, agraria, antioligárquica y antimperialista, de masas, popular y cultural.²⁴ Un ejemplo de confusión entre Estado y gobierno se puede leer en los incisos 46, 47 y 48 del Proyecto de Programa, en donde se habla de las facultades que se ha arrogado el Estado, de la necesidad de que éste respete la libertad de afiliación a las organizaciones sociales y luego de que el gobierno democrático debe respetar la vida interna de las organizaciones sociales.²⁵

El PRD se plantea la transformación del Estado, por la vía democrática. Pero no dice en qué sentido transformarlo, a lo más se refiere a un "*Estado de la Revolución Democrática*"²⁶ sin explicar en qué consiste.

²³ La siguiente síntesis de los postulados de este partido ha sido tomada, en lo fundamental, de la actualización ya citada de mi libro *La reforma política...*, en prensa.

²⁴ Partido de la Revolución Democrática, *Documentos básicos (proyectos)*, [1989], pp. 3 y 4. (Subrayados de ORA).

²⁵ A diferencia del PRI, donde se señala que la libertad de afiliación es una responsabilidad de los sindicatos, pero no menciona la marginación gubernamental ni el respeto de éste respecto de las organizaciones de trabajadores.

²⁶ Véase *idem*. p. 8 inciso 31 y p. 9 inciso 34.

Respecto de la forma de Estado propiamente dicha, es decir del régimen político, el PRD se propone la instauración en México de “la democracia de los trabajadores”, la “plena democratización del Estado”, la abolición del “presidencialismo autoritario” —no del presidencialismo—, el restablecimiento del “principio del equilibrio entre los poderes”, la descentralización de las decisiones políticas, “nueva vigencia y nueva organización al federalismo”, restablecimiento del municipio libre, el respeto del voto ciudadano y la garantía del ejercicio de las libertades individuales.²⁷

Sobre la sociedad que se pretende, el PRD señala que “hace suyas las aspiraciones expresadas por los trabajadores durante el periodo cardenista y declara su finalidad inmediata: instaurar en México la democracia de los trabajadores”, como ya se mencionó antes.²⁸

El objetivo de la lucha por una sociedad igualitaria y solidaria en México es hacer que la fuerza y la soberanía económica y política de la nación se funden en el más alto bienestar de sus habitantes y en la eliminación de la miseria y del privilegio que nace de la riqueza.

La sociedad tiene el deber de combatir los extremos del privilegio y la marginación que hacen peligrar su cohesión y supervivencia. La acumulación irrestricta de riqueza, el uso del poder sin frenos ni contrapesos, la apropiación *arbitraria* del fruto del esfuerzo ajeno y la superioridad por el origen como sistema, contravienen nuestros principios democráticos.

Queremos construir una sociedad en la que mujeres y hombres puedan desarrollarse plenamente, en igualdad de condiciones, y *desaparezcan para siempre las relaciones de dominación*.

Para que el respeto a la propiedad privada no esté reñido con el desarrollo de la igualdad, deberá cumplirse con el principio de servir a la sociedad produciendo

²⁷ *Idem*, incisos 10, 12 y 31.

²⁸ *Idem*, inciso 10. No queda claro a qué fase del periodo cardenista se refiere el PRD ni a cuáles trabajadores. Si es el caso de la CTM entonces el PRD hace suyas también las contradicciones de las aspiraciones expresadas por esta central: el socialismo y la defensa de la propiedad privada de los medios de producción, por ejemplo.

lo que ésta necesita, sin lesionar la potestad de la nación sobre los recursos estratégicos.²⁹

La nueva economía que plantea el PRD es la economía mixta (propiedad pública, privada y social), sólo posible si el carácter del Estado es democrático. La inversión extranjera directa podrá ser asimilada bajo criterio de complementaridad y una clara regulación estatal.

Para el PRD México no es un país subdesarrollado ni dependiente, sino “en desarrollo”.³⁰

5. Consideraciones finales

Con estas posiciones el PRD se ha lanzado a participar en elecciones locales. Como ha sido ya señalado, la característica principal en torno de la participación de este partido en las elecciones locales (especialmente a partir de las del 2 de julio de 1989, de las cuales las más significativas para los neocardenistas eran las de Michoacán, por considerarse que este estado era o podía ser el bastión político más importante del partido) ha sido la división de la oposición.

No debiera sorprender dicha división, pues es normal que cada partido intente ganar cuotas de poder y de presencia electoral en las entidades federativas. Pero sí llamó la atención la forma que adquirió tal división, particularmente en Baja California y en Michoacán. En ambos estados el PPS y el PFCRN hicieron alianza formando una coalición que objetivamente dividía al electorado que había simpatizado con el FDN un año antes. En Michoacán el PARM, aliado del PRD en Baja California, se presentaría por separado, con lo que también debilitaría forzosamente a los candidatos del neocardenismo. Si se toma en cuenta que el PAN en Michoacán no era fuerza

²⁹ *Idem*, p. 10. (los subrayados de ORA). Nótese que sólo se está en contra de la apropiación *arbitraria* del fruto del trabajo, no de la apropiación misma. ¿Cómo desaparecerían así las relaciones de dominación? Las restricciones a la propiedad privada no están en la explotación que supone del trabajo, sino en que produzca sólo lo que la sociedad necesita y que no lesione la propiedad de la nación sobre recursos estratégicos.

³⁰ *Idem*, p. 28.

importante y que el PRI tenía muchas probabilidades de perder, la división que propiciaron los partidos antes aliados en el FDN no puede sino interpretarse como parte de un arreglo anti-PRD. Añádase a estos hechos el que el PAN mantuviera una posición más que cautelosa para reconocer públicamente y de acuerdo con sus actas de votación los triunfos del PRD. Y, por si no fuera suficiente, nótese que en Baja California no hubo regateo para que el gobierno (y por lo tanto el PRI, en este orden) reconociera el triunfo del PAN (el primer gobierno no priísta en un estado), mientras que en Michoacán hubo obstinación en no reconocer una más de la mitad de las diputaciones adjudicadas al PRI para la oposición. Todo tipo de trampas, obvias para todo el que quisiera verlas, se usó desde el cómputo de los sufragios hasta la calificación de las elecciones. No importó para nada la imagen que diera el gobierno y su partido nacional e internacionalmente con este gran fraude. Fue, en una palabra, el triunfo gubernamental antiperredista. Pero también el deslinde de posiciones, deslinde que habría de materializarse en el periodo extraordinario del Poder Legislativo para resolver una nueva reforma electoral.

El PAN, como debió preverse después de los acontecimientos electorales en Michoacán, terminó por sujetarse al proyecto priísta-gubernamental de reforma electoral, con lo que se confirma la hipótesis³¹ de la afinidad sustancial de principios y de programa (neoconservadores) del gobierno de la República y de Acción Nacional y el rechazo de ambas instancias hacia lo que representa el neocardenismo y un sector de la izquierda por ahora reunidos en el PRD: una suerte de socialdemocracia con las características que ésta ha adoptado especialmente desde mediados de la década actual, y que se presenta como el adversario práctico más poderoso del neoconservadurismo.

El gobierno de la República está haciendo todo lo que le resulta posible para ganar credibilidad (y legitimidad) en todos los frentes en donde puede actuar: en los países más desarrollados mediante la adopción de una política económica fundamentalmente ortodoxa,³² en los países de América Latina,

³¹ Esta hipótesis y la posibilidad de que para la reforma electoral de 1989 se aliaran el PRI y el PAN la desarrollé en mi artículo, escrito el 29 de julio de este año, que aparecerá en *Nueva Sociedad*, ya citado.

³² En lo más simple, la política ortodoxa recomendada por el FMI puede ser caracterizada por las siguientes medidas: ajuste de paridades (en general, devaluación), límites al crédito, reducción del déficit

incluso reviviendo la Conferencia Permanente de Partidos Políticos de América Latina (COPPPAL), en México con una política social selectiva (que fomenta expectativas en las clases populares) que correspondería más bien a una política económica heterodoxa combinada con la ortodoxa ya mencionada y con actos más o menos espectaculares dirigidos sobre todo a la clase media. Al mismo tiempo ha tratado de no perder terreno en el frente electoral, sin importar los medios ni las alianzas, con objeto de que la crisis política del régimen no beneficie a su mayor oposición cismática (del régimen, no del gobierno): el neocardenismo. La oposición de derecha, representada por el PAN, ha entendido que el proyecto neoconservador del gobierno no contraría en lo fundamental su proyecto partidario, por lo que buscará una suerte de cohabitación política (no necesariamente semejante a la francesa entre Chirac y Mitterrand) y tratar de volver a ser la segunda fuerza electoral del país y continuar creciendo como organización. El PRD tendrá que superar su origen de oposición cismática y redefinir sus posiciones probablemente en una lógica neosocialdemócrata más precisa, tanto en sus planteamientos como en las expectativas que puede crear en los diversos sectores y capas de las clases sociales menos favorecidas por la dinámica del capitalismo mexicano de las últimas décadas. Pero también podría ser una exigencia, para su desarrollo como partido, que se eliminara la dualidad en su dirección en favor de una verdadera dirección colectiva (democráticamente plural) y no de una dirección unipersonal fundamentalmente carismática

presupuestal, liberalización del mercado, apertura de la economía al exterior. La reducción del déficit presupuestal implica cortes sustanciales en el gasto público, licenciamiento frecuente de funcionarios, desnacionalización de empresas, otras formas de adelgazamiento del sector público, disminución (supresión) de algunas subvenciones. Este último punto, asociado a la liberalización del mercado va en el sentido de una mayor realidad de los precios, lo que, a corto plazo, se traducirá por el alza de los precios hasta entonces subsidiados, notablemente de los precios de ciertos bienes de consumo corriente. La apertura exterior, con devaluación, tiende a restringir las importaciones y a facilitar las exportaciones, a librar un excedente comercial, si es posible, lo que puede ser complementado con otras modalidades de atracción de divisas que no agraven todavía más la deuda externa, tales como apertura al turismo, acogida a las inversiones directas extranjeras, etc. Para reducir la deuda interna, así como para darle a los precios su valor real, la política ortodoxa implica una baja de los salarios reales, combinada con un incremento del desempleo ligada a la limpieza del sector público (de corrupción, etcétera). Véase a Wladimir Andreff, "Les politiques d'ajustement des pays en développement a orientation socialiste: un retour a l'orthodoxie", 1988, mimeo.

que tiende a desgastarse por la inacción (o la acción no coordinada y asimétrica) de la otra parte de la dirección: la colectiva.

1º de noviembre de 1989.